

No obstante, Fray Escobedo, tan arraigado en sus costumbres, tan español, a diferencia de los «criollos» Zequeira y Rubalcaba quienes más tarde hacen el elogio de los frutos de Cuba en detrimento de los europeos, añade que «comparado con el trigo, es puro lodo,/ porque daña al que come las encías;/ ponen descomuni6n al que comiere,/ si agua junto a sí no la tuviere.»

Esa misma mirada extrañada de europeo nos dará regalos de asombro y señalará lo real maravilloso americano de nuestra flora. Sobre el Árbol Nacional de Cuba, expone: «No son cual los de España los palmitos,/ son palmas de diez brazas en altura.» Es notable su elogio a las frutas endémicas: la guayaba, «infinita», de «comer dulcísimo y sabroso»; los plátanos, «maduros de dulzura», «que tienen sabor maravilloso»; las piñas, «de fruta el sabor más regalado». Nos refiere que vio plantaciones de limas, toronjas y limones, enormes sembradíos de naranjales, en campos y montañas, «cada naranja como una cabeza». Pone en paralelo al mamey con el melocot6n: «Comerá del mamey, fruto gustoso,/ a los melocotones comparado,/ colorado cual ellos y oloroso»; y propone un símil, a mi modo de ver infeliz, para describir al aguacate: «aguacate es comida regalada/ cual manteca de vacas extremada».

Quizás Escobedo no vio grandes ríos antes de llegar a América, porque se asombra de la fuerza de uno de los nuestros, sabemos que poco caudalosos: «ver la fuerza del río es maravilla,/ cuyo rápido curso es inhumano». ¡Inhumano! Buen adjetivo para la fundaci6n de lo real maravilloso y del imaginario mítico en nuestra literatura.

La hospitalidad ha sido otro de los blasones del cubano, que se encarga de reseñar nuestro poeta-cronista: «la gente es dadivosa y tan cumplida,/ que da con mucho gusto lo que tiene/ al caminante que a su casa viene.» Aparece, por fin, el criollo, hospitalario para con los visitantes, al punto de regalar riquezas y pobreza, no en balde «por su señora tiene a la largueza».

Parece que ya entonces el fomento de la ganadería daba buenos resultados, porque las alusiones a las manadas que se reproducían solas en medio de los bosques, abundan en este canto. Especialmente en el caso de los caballos, anota: «Críase de caballos muchedumbre,/ por ser la tierra opulenta y gruesa,/ y tienen los isleños por costumbre cazarlos en la selva más espesa...» Admira que sin cebada ni otro alimento especial haya sido posible el fomento de una poblaci6n de equinos numerosa y de tanto vigor. El milagro de la multiplicaci6n de panes y

peces gracias a los prodigios de la naturaleza americana queda explicitado con entusiasmo poco religioso en lo referido a la fecundidad de los caballos, convertidos todos en garañones por obra de los siguientes versos: «es padre cada cual de una manada/ de más de treinta yeguas numerada».

Interesante resulta el relato de los entretenimientos o juegos de españoles y nativos, como el de atravesar el río a nado, a riesgo de perder la vida en el torrente o el de salir a lidiar toros. Gracias a la pluma de Escobedo, nuestros criollos parecen héroes de epopeya, caballeros valerosos que se enfrentan a criaturas salvajes, cual San Jorge batallando contra el Dragón. En una descripción cinematográfica, relata el duelo entre «el bravo criollo» y «el toro fiero». Haciendo una alusión clásica, proclama que los criollos «merecen bien la honrada silla/ que Marte suele dar al que más ama». El valor temerario de estos hombres es causa de gran admiración y orgullo, de ahí que eche mano a un refrán para mejor explicitarlo: «¡Oh valor de criollo a maravilla!/ De buena cepa nunca mala rama;/ si vuestro abuelo y padre fue valiente,/ vos lo mostrastes ser a nuestra gente.»

Tan abundante es la población de reses y tanta riqueza produce el floreciente comercio de cueros, que los jinetes se divierten dando caza y matando toros criados en manadas salvajes, para demostrar su valor, y sólo toman de ellos el sebo y los cueros, abandonando la carne a la rapiña de las auras, a quien Dios parece haber encomendado el saneamiento: «Si el aura yacarera en reses muere,/ es porque Dios eterno se lo manda,/ para que quede limpia aquella tierra/ y el corrompido viento no dé guerra.»

La naturaleza de la Isla es del todo deslumbrante y glorificadora de la obra divina. Hace mención el viajero de los bosques, que ofrecen su sombra a través de cualquier camino («es tan grande la espesura/ que no pueden los rayos del Oriente,/ con sus doradas hebras de hermosura/ bañar el duro suelo de Occidente»); anota que el «copado seibo» es el árbol más alto, razón por la que ningún otro podría hacerle sombra; habla de la «dama agua» y sus utilidades... En el canto siguiente, Escobedo insiste en la diversidad y bondades de nuestros bosques, que comienzan a ser talados y vendidos en Europa. «Del ébano que a España traen, preciosos» dice que vio una lanza «de tanta altura/ que tuvo treinta pies el palo hermoso», guardado para obsequiarlo «al duque de Medina». Es esta otra posibilidad para el comercio, ya que los marineros pagan «por el quintal» de maderas «cuatro reales en lienzo o en dineros».

Portentos no faltan a la vista de nuestro Marco Polo deslumbrado, quien aprovecha cualquier oportunidad para transmitir a sus lectores los conocimientos que va adquiriendo en la aventura. Flora y fauna no parecen enteradas de la creciente presencia de los conquistadores que terminarán asediándolas y agotándolas. Tal es el caso de las tortugas que van a la playa a poner sus huevos en la arena.

Al igual que otros cronistas y misioneros de la época, el Padre Escobedo se interesa por las costumbres y prácticas religiosas de los aborígenes; y como la mayoría de estos los acusa por sus hábitos paganos. La reverencia por los muertos queridos, tan arraigada en nuestra cultura, en que se alienta la resignación mediante el recuerdo y cuidados como llevarles comidas a las tumbas, es práctica conocida en varias civilizaciones, fundamentalmente orientales, pero también existía en las Antillas. El poema nos sirve para ejemplificar cómo han perdurado en Cuba ritos de los aborígenes que luego se atribuyeron a influencias africanas o asiáticas.

¡Cuánto más útil nos resultaría el relato de Fray Escobedo si hubiese tratando de recoger las leyendas y cosmogonías de los nativos! Pero las notas que ofrece, matizadas por su religiosidad y tamizadas por los testimonios de los indios conversos y doblegados al yugo de los colonizadores, no dejan de ser interesantes: «No cantaré de sus costumbres y ritos;/ de sus dioses diré distintamente/ que adoraban que son casi infinitos,/ locura grande de tan ciega gente...» Escobedo tendrá ocasión de sermonear al «infiel indio ignorante» que a riesgo de su perdición: «adoraba del sol el rayo ardiente», de la luna «la belleza», «del lucero claro la hermosura», «el trueno cuyo estrépito es terrible», el arcoiris, las estrellas... Aunque acaso Dios estuviese en cada una de sus creaciones y por eso el hecho de que reverenciaran el mar, el cielo, la tierra, «de la menuda arena los montones», entre tantos otros elementos naturales, no revelaba paganías demoníacas sino sencillez y reverencia por la hermosa tierra que también cautiva al viajero español.

Enjuicia positivamente, sin embargo, que por temor a perder sus almas, los indios hayan aceptado la fe católica. De su mansedumbre nos dirá que «sujetan la cerviz a la obediencia» «y guardan de sí la paz del cielo».

Pero para su desgracia y la de los viajeros que le acompañan, en las Antillas existieron peligros mayores que los que pudieran acarrear rebeliones de aborígenes, ya que corsarios y piratas acechaban desde el azul movedizo de la mar nueva. El canto siguiente relata cómo en la travesía de Baracoa a La Habana, pasando por Bayamo los ataca una

embarcación francesa, debido al afán del capitán de «navegar por el atajo», cerca de la costa, evitando las peligrosas corrientes oceánicas. Cual Sancho urgido por la desesperación, Escobedo echa mano a un par de refranes y exclama «que no hay ningún atajo sin trabajo» y que «por escapar un mal pequeño/ en manos soléis dar de otro más grave». En cambio, para suerte de todos –los aventureros que le acompañaban en la travesía, el fraile poeta y sus lectores de hoy–, «el fuerte leño» –seguramente cubano– de que estaba construida, resistió los bajíos y corrientes del Caribe al tiempo que demostró su ligereza, a la que debemos la fuga de la embarcación. La nave y su destino no pudieron ser capturados por aquellos filibusteros, quienes acaso osaban impedir la escritura y posterior hallazgo de *La Florida*, poema que tiene ganado su sitio en los orígenes de «lo cubano».



Iglesia de Guadalupe